

**bam
bú**

Arlindo Yip
Daniel Nesquens



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S.A.

© 2012, Daniel Nesquens
© 2012, Editorial Casals, S.A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Ilustraciones interiores y de la cubierta:
Alba Marina Rivera
Diseño de la colección: Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2012
ISBN: 978-84-8343-199-3
Depósito legal: B-12976-2012
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L.
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si ne-
cesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
93 272 04 45).



LA POSTE

PREMIER
TYPEWRITER
FRANCOISISSE - 11 PRINCE DE BOURBON

FRAGIL

France

Recommandé
R
Credet Agence
Credet Agence
Credet Agence

KARACHI
PAKISTAN

Hacía tiempo que Arlindo Yip había abandonado la juventud. No tenía cincuenta años, pero casi.

Tampoco tenía familia, ni la echaba en falta. Su árbol genealógico habría sido un sencillo ejercicio de paciencia para un peluquero entre corte y corte de pelo.

A Arlindo Yip le gustaba, por las noches, antes de quedarse dormido, pensar en tiempos ya pasados. Recordaba la cara de su padre, el rostro inocente de su madre, a la que tanto le gustaba reír, el buen gusto de su tía Manuela, el carácter amable de su tío Manuel, el día en que este le llevó a montar un caballo blanco de orejas negras... Arlindo Yip de niño montó por el lado izquierdo, al tiempo que su tío sujetaba las crines con una mano y el estribo con la

otra. Recorrió al trote como unos doscientos metros y luego se bajó del caballo como si tal cosa. «Buen jinete», le dijo su tío Manuel.

Ya habían pasado más de cuarenta años desde aquella tarde de primavera, pero Arlindo Yip todavía recuerda nítidamente aquel momento. También el nombre del caballo: *Misterio*. Era un misterio que todavía se acordase del nombre de aquel percherón. ¿Quién se lo pondría?

Después de acabar sus estudios universitarios, trabajó en varias empresas dedicadas al negocio de la construcción. Siempre de subordinado. Siempre los trabajos más desagradables.

Una buena mañana el Gran Jefe Nariz Picuda Zapatos Lustrosos Gran Mercedes, lo hizo pasar a una reunión de esas importantes. Todos con corbata. Todos engreídos. El Gran Jefe N. P. Z. L. G. M. lo implicó por completo en algo en lo que Arlindo Yip no había intervenido. Todos los encorbatados le buscaron con la mirada. Arlindo Yip no se defendió, agachó la cabeza, miró el folio que tenía delante y vio un gráfico. Una línea gruesa que subía y bajaba. Subía, bajaba y bajaba, casi a los infiernos.

Horas más tarde, abandonó su puesto de trabajo con la idea de no volver nunca más a aquella empresa de perversos y desalmados.

Arlindo Yip no se lo pensó dos veces y decidió prepararse unas oposiciones. Hincó los codos y estudió duro, muy duro. Se aprendió leyes, directivas, reglamentos, modelos organizativos, códigos postales, sistemas de franqueo... Aprobó con una buena nota.

Ahora, lleno de júbilo, trabaja en una oficina de Correos en un barrio periférico donde la especulación inmobiliaria todavía no ha terminado de extender sus garras.

Desde que trabaja en aquella oficina de Correos, nadie le ha echado ninguna bronca, al contrario. Los usuarios reconocen el trabajo del funcionario alto y calvo, capaz de encontrar cartas y paquetes que los otros colegas ya dan por perdidos.

Solo trabaja en horario de mañana. Las tardes las ocupa en echarse la siesta, dar un paseo por las calles de la ciudad, visitar la biblioteca pública, seleccionar un libro, leer cómo empieza, cómo sigue, regresar a casa caminando, preparar la cena, mirar por la ventana cómo sale la luna... Cosas al alcance de cualquiera.

—La Luna es el único cuerpo del sistema solar que podemos ver en detalle a simple vista. Incluso en el Neolítico ya se podía ver —dijo Arlindo Yip con la nariz pegada al cristal de la ventana. Nadie lo escuchó.

Arlindo Yip vive solo. Su casa es pequeña, sin apenas muebles. Un par de habitaciones, un dormitorio con un armario empotrado, una cocina alargada, un cuarto de baño y una pequeña galería que da a la calle donde Arlindo Yip cuelga una bicicleta de carreras, que hace más de cien años que no usa. También hay una alfombra enrollada con una enorme mancha de yogur, una jaula vacía con los comederos todavía llenos de alpiste. Y dos bombonas de butano.

Se trata de un cuarto piso sin ascensor. Así que cuando el señor del butano, robusto él, tiene que subir alguna bombona, cierra los ojos y maldice entre dientes. Menos mal que Arlindo Yip le da una propina que el repartidor guarda en un bolsillo especial.

Una fría mañana de enero, Arlindo no disponía de monedas sueltas para la gratificación y pensó que no sería mala cosa obsequiar al vigoroso repartidor con un libro que había terminado de leer recientemente.

–Tome –le dijo Arlindo Yip.

–¿Un libro? ¿Para qué quiero un libro? ¡Más peso todavía! –se quejó, y con razón, el repartidor de bombonas a domicilio.

Arlindo Yip lo miró sorprendido, la respuesta de aquel hombre le había pillado fuera de juego. Se rasgó la cabeza, pensando qué contestar.

–No hace falta que lo lea. La verdad es que no cuenta nada nuevo. Ya sabe: pura palabrería. Pero seguro que se enamora de la protagonista. Es alta, morena, de ojos claros... Dulce, cariñosa, hermosa...

–¿Y sabe hacer huevos fritos con patatas fritas?

–¿Quién? –preguntó tontamente Arlindo Yip.

–¡Quién va a ser! La protagonista. Esa joven morena, cariñosa...

–Perfectamente.

A partir de ese día el repartidor no se separó del libro. Aprovechaba las retenciones de tráfico, los semáforos en rojo, las paradas en los *stops*, los trayectos en ascensor, su camino a casa para seguir leyendo. Leía como nunca antes lo había hecho.

–¿Usted sabe qué significa «adyacente»? –le preguntó un día a una señora muy mayor a la que todos los últimos viernes de mes le reponía una bombona de gas butano.

–¿Adyacente?

–Sí, eso he dicho. Aquí lo pone –contestó, señalando con el dedo la página abierta del libro.

–Contiguo, situado en las inmediaciones o proximidades de otra cosa –contestó ella.

–Claro. Sí, eso es.